

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (1651-1695)

ROMANCES

I

*Romance que resuelve con ingenuidad sobre problemas
entre las instancias de la obligación y el afecto*

Supuesto, discurso mío
que gozáis en todo el orbe,
entre aplausos de entendido,
de agudo veneraciones,

mostradlo en el duro empeño
en que mis ansias os ponen,
dando salida a mis dudas,
dando aliento a mis temores.

Empeño vuestro es el mío;
mirad que será desorden
ser en causa ajena agudo
y en la vuestra propia torpe.

Ved que es querer las causas,
con efectos desconformes,
nieves el fuego congele,
que la nieve llamas brote.

Manda la razón de estado
que, atendiendo a obligaciones,
las partes de Fabio olvide,
las prendas de Silvio adore.

O que al menos, si no puedo
vencer tan fuertes pasiones,
cenizas de disimulo
cubran amantes ardores.

¡Qué vano disfraz la juzgo!
Pues harán, cuando más obren,
que no se mire la llama
no que el ardor no se note.

¿Cómo podré yo mostrarme,
entre estas contradicciones,
a quien no quiero, de cera,
a quien adoro, de bronce?

¿Cómo el corazón podrá,
cómo sabrá el labio torpe
fingir halago, olvidando,
mentir, amando, rigores?

¿Cómo sufrir abatido,
entre tan bajas ficciones,
que lo desmienta la boca
podrá un corazón tan noble?

¿Y cómo podrá la boca
cuando el corazón se enoje,
fingir cariños, faltando
quien le ministre razones?

¿Podrá mi noble altivez
consentir que mis acciones
de nieve y de fuego sirvan
de ser fábula del orbe?

Y yo doy, que tanta dicha
tenga, que todos los ignoren:
para pasar la vergüenza
¿no basta que a mí me conste?

Que aquesto es razón me dicen
los que la razón conocen:
¿pues cómo la razón puede
forjarse de sinrazones?

¿Qué te costaba, hado impío,
dar al repartir tus dones
o los méritos de Fabio
o a Silvio las perfecciones?

Dicha y desdicha de entrambos
la suerte les descompone,
con que el uno su desdicha
y el otro su dicha ignore.

¿Quién ha visto que tan varia
la fortuna se equivoque
y que el dichoso padezca
porque el infelice goce?

No me convence el ejemplo
que en el Mongibelo ponen,
que en él es natural gala
y en mi violencia disforme.

Y resistir el combate
de tan encontrados golpes
no cabe en lo sensitivo
y puede sufrirlo un monte.

¡Oh vil arte cuyas reglas
tanto a la razón se oponen,
que para que se ejecuten
es menester que se ignoren!

¿Qué hace en adorarme Silvio?
¿Cuando más fino blasone,
quererme es más que seguir
de su inclinación el norte?

Gustoso vive en su empleo
sin que disgustos le estorben:
¿pues qué vence, si no vence
por mí en sus inclinaciones?

¿Qué víctimas sacrifica,
qué incienso en mis aras pone,
si cambia sus rendimientos
al precio de mis favores?

Más hago yo; pues no hay duda
que hace finezas mayores
que el que voluntario ruega,
quien violenta corresponde.

Porque aquél sigue obediente
de su estrella el curso dócil,
y éste contra la corriente
de su destino se opone.

Él es libre para amarme,

aunque otra su amor provoque.
¿Y no tendré yo la misma
libertad en mis acciones?

Si él restituir no puede,
su incendio mi incendio abone:
violencia que a él le sujeta,
¿qué mucho que a mí me postre?

¿No es rigor, no es tiranía,
siendo iguales las pasiones,
no poder él reportarse
y querer que me reporte?

Quererle porque él me quiere
no es justo que amor se nombre:
que no ama quien para amar
el ser amado supone.

No es amor correspondencia:
causas tiene superiores,
que las concilian los astros
o la engendran perfecciones.

Quien ama porque es querida,
sin otro impulso más noble,
desprecia el amante y ama
sus propias adoraciones.

Del humo del sacrificio
quiere los vanos honores,
sin mirar si al oferente
hay méritos que le adornen.

Ser potencia y ser objeto
a toda razón se opone;
porque era ejercer en sí
sus propias operaciones.

A parte rei se distinguen
el objeto que conoce;
y lo amable, no lo amante,
es blanco de sus arpones.

Amor no busca la paga
de voluntades conformes;

que tan bajo interés fuera
indigna usura en los dioses.

No hay cualidad que en él pueda
imprimir alteraciones
del velo de los desdenes,
del fuego de los favores.

Su ser es inaccesible
al discurso de los hombres;
que aunque el efecto se sienta,
la esencia no se conoce.

Y en fin, cuando en mi favor
no hubiere tantas razones,
mi voluntad es de Fabio:
Silvio y el mundo perdonen.

II

*Acusa la hidropesía de mucha ciencia, que teme inútil,
aun para saber, y nociva para vivir*

Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento, un rato;
quizá podréis persuadirme,
aunque yo sé lo contrario.

Que pues sólo en la aprehensión
dicen que estriban los daños,
si os imagináis dichoso
no seréis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento
alguna vez de descanso
y no siempre esté el ingenio
con el provecho encontrado.

Todo el mundo es opiniones,
de pareceres tan varios,
que lo que el uno, que es negro,
el otro prueba que es blanco.

A uno sirve de atractivo
lo que otro concibe enfado,

y lo que éste por alivio
aquél tiene por trabajo.

El que está triste censura
al alegre de liviano
y el que está alegre se burla
de ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos
bien esta verdad probaron;
pues lo que en el uno risa,
causaba en el otro llanto.

Célebre su oposición
ha sido por siglos tantos,
sin que cuál acertó esté
hasta ahora averiguado.

Antes, en sus dos banderas
el mundo todo alistado,
conforme el humor le dicta
sigue cada cual el bando.

Uno dice que de risa
sólo es digno el mundo vario,
y otro que sus infortunios
son sólo para llorados.

Para todo se halla prueba
y razón en que fundarlo;
y no hay razón para nada,
de haber razón para tanto.

Todos son iguales jueces,
y siendo iguales y varios,
no hay quien pueda decidir
cuál es lo más acertado.

Pues si no hay quien lo sentencie
¿por qué pensáis vos, errado,
que os sometió Dios a vos
la decisión de los casos?

¿O por qué, contra vos mismo
severamente inhumano,
entre lo amargo y lo dulce

queréis elegir lo amargo?

Si es mío mi entendimiento
¿por qué siempre he de encontrarlo
tan torpe para el alivio,
tan agudo para el daño?

El discurso es un acero
que sirve por ambos cabos:
de dar muerte, por la punta;
por el pomo, de resguardo.

Si vos, sabiendo el peligro,
queréis por la punta usarlo,
¿qué culpa tiene el acero
del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer
discursos sutiles vanos;
que el saber consiste sólo
en elegir lo más sano.

Especular las desdichas
y examinar los presagios
sólo sirve de que el mal
crezca con anticiparlo.

En los trabajos futuros
la atención sutilizando
más formidable que el riesgo
suele fingir el amago.

¡Qué feliz es la ignorancia
del que indoctamente sabio
halla, de lo que padece,
en lo que ignora, sagrado!

No siempre suben seguros
vuelos del ingenio osados,
que buscan trono en el fuego
y hallan sepulcro en el llanto.

También es vicio el saber,
que si no se va atajando,
cuanto menos se conoce
es más nocivo el estrago.

Y si el vuelo no le abaten,
es sutilezas cebado,
por cuidar de lo curioso
olvida lo necesario.

Si culta mano no impide
crecer al árbol copado,
quitan la sustancia al fruto
la locura de los ramos.

Si andar a nave ligera
no estorba lastre pesado,
sirve el vuelo de que sea
el precipicio más alto.

En amenidad inútil
¿qué importa al florido campo,
si no halla fruto el otoño
que ostente flores el mayo?

¿De qué le sirve al ingenio
el producir muchos partos
si a la multitud se sigue
el malogro de abortarlos?

Ya esta desdicha por fuerza
ha de seguirse el fracaso
de quedar el que produce,
si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego,
que, con la materia ingrato,
tanto la consume más
cuando él se ostenta más claro.

Es de su propio señor
tan rebelado vasallo,
que convierte en sus ofensas
las armas de su resguardo.

Este pésimo ejercicio,
este duro afán pesado,
a los hijos de los hombres
dio Dios para ejercitarlos.

¿Qué loca ambición nos lleva,
de nosotros olvidados?
Si es que vivir tan poco,
¿de qué sirve saber tanto?

¡Oh, si como hay de saber
hubiera algún seminario
o escuela donde a ignorar
se enseñaran los trabajos!

¡Qué felizmente viviera
el que flojamente cauto
burlara las amenazas
del influjo de los astros!

Aprendamos a ignorar,
pensamiento, pues hallamos
que cuanto añadido al discurso
tanto le usurpo a los años.

III

Discurre, con ingenuidad ingeniosa, sobre la pasión de los celos. Muestra que su desorden es senda única para hallar al amor y contradice un problema de don José Montoro, uno de los más célebres poetas de este siglo

Si es causa amor productivo
de diversidad de afectos,
que, con producirlos todos,
se perficiona a sí mismo:

y si el uno de los más
naturales son los celos,
¿cómo sin tenerlos puede
el amor estar perfecto?

Son ellos de que hay amor
el signo más manifiesto:
como la humedad del agua
y como el humo del fuego.

No son (que dicen) de amor
bastardos hijos groseros;
sino legítimos, claros
sucesores de su imperio.

Son crédito y prueba suya,
pues sólo pueden dar ellos
auténticos testimonios
de que es amor verdadero.

Porque la fineza, que es
de ordinario el tesorero
a quien remite las pagas
amor de sus libramientos,

¿cuántas veces, motivada
de otros impulsos diversos,
ejecuta por de amor
decretos de galanteo?

El cariño ¿cuántas veces,
por dulce entretenimiento,
fingiendo quilates, crece
la mitad del justo precio?

¿Y cuántas más el discurso,
por ostentarse discreto,
acredita por de amor
partos del entendimiento?

¿Cuántas veces hemos visto
disfrazada en rendimientos
a la propia conveniencia,
a la tema o al empeño?

Sólo los celos ignoran
fábricas de fingimientos,
que, como son locos, tienen
propiedad de verdaderos.

Los gritos que ellos dan son,
sin dictamen de su dueño,
no ilaciones del discurso,
sino abortos del tormento.

Como de razón carecen,
carecen del instrumento
de fingir, que aquesto sólo
es en lo irracional bueno.

Desbocados ejercitan
contra sí el furor violento,
y no hay quien quiera en su daño
mentir, sino en su provecho.

Del frenético, que fuera
de su natural acuerdo
de despedaza, no hay quien
juzgue que finge el extremo.

En prueba de esta verdad,
mírense cuántos ejemplos
en bibliotecas de siglos
guarda el archivo del tiempo.

A Dido fingió el troyano,
mintió a Adriadna Teseo,
ofendió a Minos Pasife
y engañaba a Marte Venus.

Semíramis mató a Nino,
Elena deshonoró al griego,
Jasón agravió a Medea
y dejó a Olimpia Vireno.

Betsabé engañaba a Urías,
Dalila al caudillo hebreo,
Jael a Sísara horrible,
Judit a Holofernes fiero.

Éstos y otros, que mostraban
tener amor, sin tenerlo,
todos fingieron amor,
mas ninguno fingió celos.

Porque aquél puede fingirse
con otro color, mas éstos
son la prueba del amor
y la prueba de sí mismos.

Si ellos no tienen más padres
que el amor, luego son ellos
sus más naturales hijos
y más legítimos dueños.

Las demás demostraciones,

por más que finas las vemos,
pueden no mirar a amor
sino a otros varios respectos.

Ellos solos se van con él,
como la causa y efecto:
¿hay celos?, luego hay amor;
¿hay amor?, luego habrá celos.

De la fiebre ardiente suya
son el delirio más cierto;
que, como están sin sentido,
publican lo más secreto.

El que no los siente, amando,
del indicio más pequeño,
en tranquilidad de tibio
goza bonanzas de necio.

Que asegurarse en las dichas
solamente puede hacerlo
la villana confianza,
el propio merecimiento.

Bien sé que tal vez furiosos
suelen pasar desatentos,
a profanar de lo amado
osadamente el respeto.

Mas no es esto esencia suya,
sino un accidente anexo,
que tal vez los acompaña
y tal vez deja de hacerlo.

Mas doy que siempre: aún debiera
el más soberano objeto,
por la prueba de lo fino,
perdonarles lo grosero.

Mas no es, vuelvo a repetir,
preciso que el pensamiento
pase a ofender del decoro
los sagrados privilegios.

Para tener celos basta
sólo el temor de tenerlos;

que ya está sintiendo el daño
quien está sintiendo el riesgo.

Temer yo que haya quien quiera
festejar a quien festejo,
aspirar a mi fortuna
y solicitar mi empleo,

no es ofender lo que adoro,
antes es un alto aprecio
de pensar que deben todos
adorar lo que yo quiero.

Y éste es un dolor preciso,
por más que divino el dueño
asegure en confianza
prerrogativas de exento.

Decir que éste no es cuidado
que llegue a desasosiego,
podrá decirlo la boca,
mas no comprobarlo el pecho.

Persuadirme a que es lisonja
amor lo que yo apetezco,
aprobarme la elección
y calificar mi empleo;

a quien tal tiene a lisonja
nunca le falte este obsequio:
que yo juzgo que aquí sólo
son duros los lisonjeros.

Pues sólo fuera, a poder
contenerse estos afectos
en la línea del aplauso
o en el coto del cortejo.

¿Pero quién con tal medida
les podrá tener el freno
que no rompan desbocados
el alacrán del consejo?

Y aunque ellos en sí no pasen
el término de lo cuerdo,
¿quién lo podrá persuadir

a quien los mira con miedo?

Aplaudir lo que yo estimo,
bien puede ser sin intento
segundo; mas ¿quién podrá
tener mis temores quedos?

Quien tiene enemigos, suele
decir que no tenga sueño;
pues ¿cómo ha de sosegarse
el que los tiene tan ciertos?

Quien en frontera enemiga
descuidado ocupa el lecho,
sólo parece que quiere
ser del contrario trofeo.

Aunque inaccesible sea
el blanco: si los flecheros
son muchos, ¿quién asegura
que alguno no tenga acierto?

Quien se alienta a competirme
aun en menores empeños,
es un dogal que compone
mis ahogos de su aliento.

¿Pues qué será el que pretende
excederme los afectos,
mejorarme las finezas
y aventajar los deseos?

¿Quién quiere usurpar mis dichas?
¿Quién quiere ganarme el premio?
¿Y quién en galas del alma
quiere dejar más bien puesto?

¿Quién para su exaltación
procura mi abatimiento
y quiere comprar su gloria
a costa de mis desprecios?

¿Quién pretende, con los suyos,
deslucir mis sentimientos:
que en los desaires del alma

es el más sensible duelo?

Al que este dolor no llega
al más reservado seno
del alma, apueste insensibles
competencias con el hielo.

La confianza ha de ser
con proporcionado medio:
que deje de ser molestia
sin pasar a ser despego.

El que es discreto, a quien ama
le ha de mostrar que el recelo
lo tiene en la voluntad
y no en el entendimiento.

Un desconfiar de sí
y un estar siempre temiendo
que podrá exceder al mío
cualquiera mérito ajeno:

un temer que la fortuna
podrá con airado ceño
despojarme por indigno
del favor que no merezco:

no sólo no ofende; antes
es el esmalte más bello
que a las joyas de lo fino
les puede dar lo discreto.

Y aunque algo exceda la queja,
nunca queda mal, supuesto,
que es gala de lo sentido
exceder de lo modesto.

Lo atrevido es un celoso,
lo irracional y lo terco,
prueba es de amor, que merece
la beca de su colegio.

Y aunque muestre que se ofende,
yo sé que por allá dentro
no le pesa a la más alta
de mirar tales extremos.

La más airada deidad
al celoso más grosero
le está aceptando servicios
los que riñe atrevimientos.

La que se queja oprimida
del natural más estrecho
hace ostentación de amada
el que parece lamento.

De la triunfante hermosura
tiran el carro soberbio
el desdichado con quejas
y el celoso con despechos.

Uno de sus sacrificios
es este dolor acerbo,
y ella, ambiciosa, no quiere
nunca tener uno menos.

¡Oh doctísimo Montoro,
asombro de nuestros tiempos,
injuria de los Virgilibios,
afrenta de los Homeros!

Cuando de amor prescindiste
este inseparable afecto
(precisión que sólo pudo
formarla tu entendimiento),

bien se ve que sólo fue
la empresa de tus talentos
el probar lo más difícil,
no persuadir a creerlo.

Al modo de aquellos que
sutilmente defendieron
que de la nube los campos
se visten de color negro.

De tu sutileza fue
airoso, galán empeño,
sofística bizarría
de tu soberano ingenio.

Probar lo que no es probable
bien se ve que fue el intento
tuyo, porque lo evidente
probado se estaba ello.

Acudiste al partido
que hallaste más indefenso
y a la opinión desvalida
ayudaste caballero.

Éste fue tu fin; y así,
debajo de este supuesto,
no es ésta, ni puede ser,
réplica de tu argumento,

sino sólo una obediencia
mandada de gusto ajeno,
cuya insinuación en mí
tiene fuerza de precepto.

Confieso que de mejor
gana siguiera mi genio
el extravagante rumbo
de tu no hallado sendero.

Pero, sobre ser difícil,
inaccesible lo has hecho,
pues el mayor imposible
fuera ir en tu seguimiento.

Rumbo que estrenan las alas
de tu remontado vuelo
(aun determinando al daño)
no lo intentara un despecho.

La opinión que yo quería
seguir, seguiste primero;
dísteme celos, y tuve
la contraria con tenerlos.

Con razón se reservó
tanto asunto a tanto ingenio;
que a fuerzas sólo de Atlante
fía la esfera su peso.

Tenla, pues, que si consigues

persuadirla al universo,
colgará el género humano
sus cadenas en tu templo.

No habrá quejosos de amor,
y en sus dulces prisioneros
serán las cadenas oro
y no dorados los yerros.

Será la sospecha inútil,
estará ocioso el recelo,
desterrarase el indicio
y perderá el ser el miedo.

Todo será dicha, todo
felicidad y contento,
todo venturas, y en fin
pasará el mundo a ser cielo.

Deberanle los mortales
a tu valeroso esfuerzo
la más dulce libertad
del más duro cautiverio.

Mucho te deberán todos,
y yo más que todos debo
las discretas instrucciones
a las luces de tus versos.

Dalos a la estampa, porque
en caracteres eternos
viva tu nombre, y con él
se extienda el común provecho.

IV

Romance que en sentidos afectos produce el dolor de una ausencia

Ya que para despedirme,
dulce idolatrado dueño,
ni me da licencia el llanto
ni me da lugar el tiempo,

háblente los tristes rasgos,
entre lastimeros ecos,

de mi triste pluma, nunca
con más justa causa negros.

Y aún ésta te hablará torpe
con las lágrimas que vierto;
porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego.

Hablar me impiden mis ojos,
y es que se anticipan ellos
viendo lo que he de decirte,
a decírtelo primero.

Oye la elocuencia muda
que hay en mi dolor, sirviendo
los suspiros, de palabras,
las lágrimas, de conceptos.

Mira la fiera borrasca
que pasa en el mar del pecho,
donde zozobras turbados
mis confusos pensamientos.

Mira cómo ya el vivir
me sirve de afán grosero,
que se avergüenza la vida
de durarme tanto tiempo.

Mira la muerte, que esquivada
huye, porque la deseo;
que aun la muerte, si es buscada,
se quiere subir de precio.

Mira cómo el cuerpo amante,
rendido a tanto tormento,
siendo en lo demás cadáver,
sólo en el sentir es cuerpo.

Mira cómo el alma misma
aún teme, en su ser exento,
que quiera el dolor violar
la inmunidad de lo eterno.

En lágrimas y suspiros,
alma y corazón a un tiempo,

aquél se convierte en agua
y ésta se resuelve en viento.

Ya no me sirve la vida,
esta vida que poseo,
sino de condición sola
necesaria al sentimiento.

¿Mas por qué gasto razones
en contar mi pena, y dejo
de decir lo que es preciso
por decir lo que estás viendo?

En fin, te vas: ¡ay de mí!,
dudosamente lo pienso;
pues si es verdad, no estoy viva,
y si viva, no lo creo.

¿Posible es que ha de haber día
tan infausto, tan funesto,
en que sin ver yo las tuyas
esparza sus luces Febo?

¿Posible es que ha de llegar
el rigor a tan severo
que no ha de darle tu vista
a mis pesares aliento?

¿Que no he de ver tu semblante?
¿Que no he de escuchar tus ecos?
¿Que no he de gozar tus brazos?
¿Ni me ha de animar tu aliento?

¡Ay, mi bien! ¡Ay, prenda mía!
¡Dulce fin de mis deseos!
¿Por qué me llevas el alma,
dejándome el sentimiento?

Mira que es contradicción
que no cabe en un sujeto
tanta muerte en una vida
tanto dolor en un muerto.

Mas ya que es preciso (¡ay triste!)
en mi infelice suceso
ni vivir con la esperanza

ni morir con el tormento,

dame algún consuelo tú
en el dolor que padezco,
y quien en el suyo muere
viva siquiera en tu pecho.

No te olvides que te adoro,
y sírvante de recuerdo
las finezas que me debes,
si no las prendas que tengo.

Acuérdate que mi amor,
haciendo gala del riesgo,
sólo por atropellarlo
se alegraba de tenerlo.

Y si mi amor no es bastante,
el tuyo mismo te acuerdo,
que no es poco empeño haber
empezado ya en empeño.

Acuérdate, señor mío,
de tus nobles juramentos,
y lo que juró tu boca
no lo desmienten tus hechos.

Y perdona si en temer
mi agravio, mi bien, te ofendo,
que no es dolor el dolor
que se contiene en lo atento.

Y adiós, que con el ahogo
que me embarca los alientos
ni sé ya lo que te digo
ni lo que te escribo leo.

V

*En que expresa los efectos del Amor Divino,
y propone morir amante, a pesar de todo riesgo*

Traigo conmigo un cuidado,
y tan esquivo, que creo
que aunque sé sentirlo tanto

aún yo mismo no lo siento.

Es amor, pero es amor
que, faltándole lo ciego,
los ojos que tiene son
para darle más tormento.

El término no es a quo,
que causa el pesar que veo
que siendo el término el bien
todo el dolor es el medio.

Si es lícito y aún debido
este cariño que tengo,
¿por qué me han de dar castigo
porque pago lo que debo?

¡Oh, cuánta fineza! ¡Oh, cuántos
cariños he visto tiernos!
Que amor que se tiene a Dios
es calidad sin opuestos.

De lo lícito no puede
hacer contrarios conceptos,
con que es amor que al olvido
no puede vivir expuesto.

Yo me acuerdo (¡ah, nunca fuera!)
que he querido en otro tiempo
lo que pasó de locura
y lo que excedió de extremo.

Mas como era amor bastardo
y de contrarios compuesto,
fue fácil desvanecerse,
de achaque de su ser mesmo.

Mas ahora (¡ay de mí!) está
tan en su natural centro
que la virtud y razón
son quien aviva su incendio.

Quien tal oyere dirá
que si es así ¿por qué peno?
Mas mi corazón ansioso
dirá que por eso mesmo.

¡Oh, humana flaqueza nuestra,
adonde el más puro afecto
aún no sabe desnudarse
del natural sentimiento!

Tan precisa es la apetencia
que a ser amados tenemos,
que aun sabiendo que no sirve
nunca dejarla sabemos.

Que corresponda a mi amor
nada añade; mas no puedo
(por más que lo solicito)
dejar yo de apetecerlo.

Si es delito, yo lo digo;
si es culpa, ya lo confieso;
mas no puedo arrepentirme
por más que hacerlo pretendo.

Bien ha visto quien penetra
lo interior de mis secretos
que yo misma estoy formando
los dolores que padezco.

Bien sabe que soy yo misma
verdugo de mis deseos,
pues muertos entre mis ansias
tienen sepulcro en mi pecho.

Muero (¿quién lo creerá?) a manos
de la cosa que más quiero,
y el motivo de matarme
es el amor que le tengo.

Así alimentando triste
la vida con el veneno,
la misma muerte que vivo
es la vida con que muero.

Pero valor, corazón,
porque en tal dulce tormento,
en medio de cualquier suerte
no dejar de amar protesto.

VI

Al mismo intento

Mientras la gracia me excita
por elevarme a la esfera,
mas me abate a lo profundo
el peso de mis miserias.

La virtud y la costumbre
en el corazón pelean
y el corazón agoniza
en tanto que lidian ellas.

Y aunque es la virtud tan fuerte
temo que tal vez la venganzan,
que es muy grande la costumbre
y está la virtud muy tierna.

Oscurécese el discurso
entre confusas tinieblas;
pues ¿quién podrá darme luz,
si está la razón a ciegas?

De mí misma soy verdugo
y soy cárcel de mí mesma:
¿quién vio que pena y penante
una propia cosa sean?

Hago disgusto a lo mismo
que más agradar quisiera,
y el disgusto que doy
en mí resulta la pena.

Amo a Dios y siento en Dios,
y hace mi voluntad mesma
de lo que es alivio, cruz,
del mismo puerto, tormenta.

Padezca, pues Dios lo manda;
mas de tal manera sea,
que si son penas las culpas
que no sean culpas las penas.

VII

A Cristo Sacramentado, día de comunión

Amante dulce del alma,
bien soberano a que aspiro,
tú que sabes las ofensas
castigar a beneficios;

divino imán en que adoro:
hoy que tan propicio os miro,
que me mimáis la osadía
de poder llamaros mío:

hoy que en unión amorosa
pareció a vuestro cariño
que si no estabais en mí
era poco estar conmigo;

hoy que para examinar
el afecto con que os sirvo
al corazón en persona
habéis entrado vos mismo,

pregunto: ¿es amor o celos
tan cuidadoso escrutinio?
Que quien lo registra todo
da de sospechar indicios.

Mas ¡ay, bárbara ignorante,
y qué de errores he dicho,
como si el estorbo humano
obstara al lince divino!

Para ver los corazones
no es menester asistirlos,
que para vos son patentes
las entrañas del abismo.

Con una intuición presente
tenéis en vuestro registro
el infinito pasado
hasta el presente finito.

Luego no necesitabais

para ver el pecho mío,
si lo estáis mirando sabio,
entrar a mirarlo fino.

Luego es amor, no celos,
lo que en vos miro.

VIII

Romance decasílabo

Pinta la proporción hermosa de la excelentísima señora condesa de Paredes, con otra de cuidados, elegantes esdrújulos, que aún le remite desde Méjico a su excelencia

Lámina sirva el cielo al retrato,
Lísida, de su angélica forma;
cálamos forme el sol de sus luces,
sílabas las estrellas componga.

Cárceles tu madeja fabrica,
dédalo que sutilmente forma
vínculos de dorados Ofires,
Tíbares de prisiones gustosas.

Hécate, no triforme, mas llena,
pródiga de candores asoma,
trémula no en tu frente se oculta,
fúlgida su esplendor desemboza.

Círculo dividido en dos arcos,
pérsica forman lid belicosa:
áspides que por flechas disparas,
víboras de halagüeña ponzoña.

Lámparas, tus dos ojos, febeas,
súbitos resplandores arrojan;
pólvora que a las almas que llega
tórridas abrasadas transforma.

Límite de una y otra luz pura,
último, tu nariz judiciosa,
árbitro es, entre dos, confinantes,
máquina que divide una y otra.

Cátedras del abril tus mejillas,

clásicas dan a mayo estudiosas
métodos a jazmines nevados,
fórmula rubicunda a las rosas.

Lágrimas del aurora congela,
búcaro de fragancia tu boca,
rúbrica con jazmines escrita,
cláusula de coral y de aljófara.

Cóncavo es, breve pira, en la barba,
pórfido en que las almas reposan;
túmulo les eriges de luces,
bóveda de luceros las honra.

Tránsito a los jardines de Venus,
órgano es de marfil, en canora
música tu garganta, que en dulces
éxtasis aun al viento aprisiona.

Pámpanos de cristal y de nieve,
cándidos tus dos brazos provocan,
Tántalos, los deseos ayunos,
miseros sienten frutas y ondas.

Dátiles de alabastro tus dedos,
fértiles de sus dos palmas brotan;
frígidus, si los ojos los miran;
cálidos, si las almas los tocan.

Bósforo de estrechez, tu cintura,
cíngulo ciñe breve por zona;
rígida (si de seda) clausura,
músculos nos oculta ambiciosa.

Cúmulo de primores tu talle,
dóricas esculturas asombra,
jónicos lineamientos desprecia,
émula su labor de sí propia.

Móviles pequeñeces tus plantas,
sólidos pavimentos ignoran;
mágicos, que a los vientos que pisan
tósigos de beldad inficionan.

Plátano, tu gentil estatura,
flámula es que a los aires tremola;

ágiles movimientos que esparcen
bálsamo de fragantes aromas.

Índices de tu rara hermosura,
rústicas estas líneas son cortas;
Cítara solamente de Apolo
méritos cante tuyos sonora.